

A woman with her hair in an updo, wearing a dark, long-sleeved dress, stands in a forest. Her face is partially obscured by shadows and the texture of the trees. The background is a dense forest with tall, thin trees and green foliage. The lighting is soft and natural, suggesting a daytime setting. The overall mood is quiet and contemplative.

Me dejaste entrar
Camilla Bruce

Cassandra Tipp, excéntrica escritora de novelas románticas, ha desaparecido y ha dejado una gran fortuna y un misterioso manuscrito. La policía supone que se trata de un homicidio. Sin embargo, los habitantes del pequeño pueblo en el que vivía no están seguros de su muerte. Aunque resultara absuelta, nadie ha olvidado el juicio por el sobrecolector asesinato de su marido.

Siguiendo las instrucciones del testamento, sus sobrinos, Penelope y Janus, acuden a su mansión en busca de respuestas. ¿Qué le sucedió a Cassie de niña en el bosque?, ¿a quién ha estado protegiendo? Y, lo más importante para ellos, ¿cómo pueden acceder a su fortuna?

Famosa escritora desaparece sin dejar rastro

Cassandra Tipp, la escritora de novelas románticas de setenta y cuatro años, conocida por títulos como Soles dorados y Un deseo para Carrie, se encuentra desaparecida al menos desde el pasado mes de agosto, según las autoridades. Nada se sabe del paradero de esta prolífica autora ni las razones por las que habría abandonado su hogar. A pesar de no tener pruebas, la policía no descarta la posibilidad de que haya sido víctima de algún delito.

El repartidor Brian Frost no podía saber que él sería la última persona que vería a la solitaria autora antes de su desaparición. Cuando la semana pasada Cassandra Tipp recogió su pedido en el porche de su casa del bosque, tenía buen aspecto, incluso jovial; le dio al señor Frost una generosa propina y le sonrió brevemente antes de entrar en la casa con su avena y sus bolsitas de té. Nadie más la ha vuelto a ver desde entonces.

«No parecía en absoluto triste», comentó el joven en relación con los rumores de que la escritora había decidido quitarse la vida en algún lugar desconocido.

La policía de S-, en cambio, no se muestra tan segura: «Quizá su pasado regresó para atormentarla. Ella tiene un largo historial aquí», aseguró el agente William Parks. El policía sin duda se refiere al juicio que siguió a la violenta muerte de su esposo hace treinta y ocho años, en el que Cassandra Tipp fue sospechosa. El juicio y sus secuelas impulsaron la carrera literaria de la señora Tipp, quien se hizo famosa en parte por el libro sobre el caso que publicó su terapeuta, el doctor V. Martin, *Extraviada entre hadas: un estudio de la psicosis inducida por trauma*, que lideró por un breve periodo las listas de los más vendidos.

La novela más reciente de la señora Tipp, *Espinas en noviembre*, publicada en junio del año pasado, fue muy aclamada y, como siempre, un gran éxito en ventas.

Una vida atormentada

La familia de Cassandra Tipp también estuvo bajo los focos hace veintisiete años, cuando su padre y su hermano murieron de manera trágica en lo que se supuso que fue un asesinato y un suicidio. La señora Tipp estaba distanciada de su familia en aquel momento, pero los efectos de la tragedia se sumaron a su considerable aura de tris-

tesse. La novela que publicó ese año, *Un deseo para Carrie*, se convirtió de inmediato en una de las más vendidas.

«No sería justo decir que se benefició de la tragedia —dijo Miranda Hope, crítica literaria y admiradora de Tipp—, pero lo cierto es que tampoco afectó a sus finanzas. Todo el mundo quería saber lo que pasaba por su cabeza, y sus novelas daban precisamente esa posibilidad, incluso si trataban sobre todo de romances subidos de tono y promesas de amor verdadero. Eso no quiere decir que no supiera escribir —continuó Hope—. No publicas cuarenta y dos libros si no tienes un toque mágico».

Ahora parece ser que la siguiente víctima en la cadena de fatalidades que ha perseguido a su familia durante décadas es la propia Cassandra Tipp, aunque no todos estén tan convencidos de ello.

«Tal vez ni siquiera esté muerta —declaró Olivia Blatten, hermana de la susodicha—. Siempre fue propensa al drama. Podría hallarse en cualquier parte, Francia o Italia, leyendo los titulares sobre sí misma mientras bebe una copa de vino. Sería típico de ella. Destruyó nuestra familia. Ya sabe, nos arruinó con sus vergonzosas mentiras».

El hijo de la señora Blatten, Janus Blatten, juzgó con menos severidad a su tía: «Ya no es tan joven como antes. Quizá solo quería retirarse de una forma que causara controversia».

La policía de S- no respalda esa teoría: «No ha estado en contacto con nadie desde la última semana de agosto —explicó el agente Parks—. No ha habido ninguna actividad en sus cuentas bancarias ni llamadas desde su teléfono. No sabemos cuándo ocurrió ni sabemos aún cómo, pero estamos convencidos de que Cassandra Tipp está muerta».

INSTRUCCIONES EN RELACIÓN CON LA ÚLTIMA VOLUNTAD Y
TESTAMENTO DE CASSANDRA TIPP

1. Únicamente los herederos nominales de Cassandra Tipp, Janus y Penélope Blatten, hijo e hija de su distanciada hermana, Olivia Blatten, pueden reclamar su patrimonio.
2. En caso de que Cassandra Tipp fallezca por causas naturales o de forma accidental, su patrimonio se podrá reclamar de forma inmediata.
3. En caso de que Cassandra Tipp desapareciera, deberá transcurrir un plazo de al menos un año natural a partir de la última vez que se la hubiera visto u oído, antes de cualquier reclamación patrimonial.
4. Ante cualquiera de los sucesos anteriores, y a fin de que los herederos puedan asegurar la transacción patrimonial de Cassandra Tipp, deberán seguir los siguientes pasos:
 - Acudir a la residencia de Cassandra Tipp.
 - Entrar en el estudio de la planta baja.
 - Leer el manuscrito que se les dejó sobre el escritorio.
 - Dentro del manuscrito hay un código que se le debe comunicar verbalmente al albacea, el señor Owen Norris, representante de Norris, Norris y Nesbit, para que su despacho dé validez a la solicitud.
5. Ya sea una o ambas partes pueden ejecutar la reclamación patrimonial.
6. Si alguna de las partes decidiera no reclamar la herencia, deberá comunicarlo mediante un documento escrito y debidamente firmado por la parte correspondiente y dos testigos. En tal caso, su mitad se le conferirá a la otra parte heredera.
7. En caso de no existir reclamación patrimonial por ninguna de las partes, el señor Norris procederá a la venta de todos los bienes y se asegurará de que los fondos recaudados beneficien a varias organizaciones (lista adjunta).

Firma
Cassandra Tipp

Escrito por Cassandra Tipp

I

Conducís por un camino de tierra entre viejos robles. Es octubre, así que supongo que debe de estar lloviendo. Quizá también sople el viento y caigan hojas amarillentas en el parabrisas. Examináis con mucha atención los alrededores durante todo el trayecto, revisáis los espejos en busca de indicios de vida, pero no hay nadie. Aquí no hay vecinos ni familias en su paseo dominical. Solo vosotros ante el camino terregoso y el frondoso bosque que os rodea, con árboles centenarios de troncos anchos y cortezas nudosas, raíces y ramas de formas intrincadas.

El sendero termina justo frente a mi puerta, así que os detenéis ahí. Aparcáis junto al gallinero vacío y, con expresión seria, observáis durante largo rato mi humilde hogar. Janus, tú te bajas primero del coche, te quitas las gafas de sol y te sacudes el cabello, cada vez más escaso. Tú, Penélope, frunces los labios y te proteges los ojos del sol con la mano, aunque está nublado. Los zapatos de tacón se te hundan en el suelo empapado, se llenan de restos de pasto amarillento y, tal vez, se les pega alguna vieja y maltrecha pluma de gallina.

Ninguno de los dos decís nada, creo, al menos no de inmediato. Parados ahí, miráis un rato la construcción de tres pisos con sus múltiples ventanas —algunas cuadradas, algunas redondas—, y la descascarillada pintura de un tono lila claro. Es una casa mágica, pero no es bonita. Es como un lujoso pastel de cumpleaños que se echó a perder y el glaseado rancio se desprende por los bordes. Los manza-

nos y cerezos que flanquean la casa dejaron de florecer hace mucho tiempo y tocan las paredes con sus ennegrecidos y afilados dedos. En esta época del año sirven sobre todo de hogar a las arañas. En las ventanas se aprecian visillos con encajes ya gastados y pesadas cortinas de terciopelo verde.

Janus, tú sacudes la cabeza, le diriges una mirada cómplice a tu hermana y murmuras entre dientes:

—La loca tía Cassie. No pensé que estuviera tan mal...

Entonces subís con cautela al porche pues no sabéis si el viejo suelo de madera aguantará vuestro peso. Janus, tú sacas la llave del bolsillo. Mi abogado te la habrá dado esta misma mañana junto con una hoja de instrucciones escritas a mano. Tal vez se haya reído un poco al entregártela e incluso se haya disculpado diciendo algo así como: «La anciana se puso un poco sensibloná antes de desaparecer». Nunca le caí muy bien al señor Norris. El sentimiento es mutuo de todos modos.

Sin embargo, como sois buenos chicos, nunca se os ocurriría no seguir las instrucciones que os dejé, de ahí que estéis en la casa, atravesando con cuidado el suelo de madera de mi porche. La cerradura cede a la llave con un chasquido y la puerta principal se abre de par en par con un crujido de bisagras. Penélope frunce la nariz al percibir ese olor a viejo y a moho, algo disimulado con lavanda y tomillo, que os recibe al entrar.

En el pasillo observáis las hileras de sombreros, abrigos y chales que cuelgan de los ganchos en las paredes. Son espantosamente anticuados, ropa de anciana. Penélope sonrío al ver los sombreros de mimbre, con flores y frutas de cera adheridas al ala. Sus suaves dedos con uñas de color rojo burdeos pasan veloces de la empuñadura de mi paraguas negro al encaje amarillento de un chal. Desde joven tuve inclinación por lo antiguo.

Janus no se entretiene. Da pasos rápidos y largos hacia el interior, escudriñando todo: la escalera pintada de negro

que lleva al siguiente piso, el polvoriento candelabro de cristal con tres docenas de prismas, la puerta abierta de la cocina que deja entrever el suelo de ajedrez blanco y negro. La nariz de Penélope se arruga de nuevo en cuanto imagina la alacena llena de comida pasada, pero no tiene de qué preocuparse, ya me encargué de todo eso.

En este punto yo creo que ya se os habrá destrabado la lengua:

—Una limpieza no vendría nada mal —dice uno de vosotros, supongo que Janus, cuando entra a la sala y apoya ligeramente la mano en mi sofá de color champán.

Penélope camina directa hacia las amplias estanterías que abarcan desde el suelo hasta el techo, y sus uñas rojas recorren los viejos lomos de los libros. Al fin y al cabo, es bibliotecaria y para ella los libros son como la tierra prometida. Sus tacones altos dejan marcas en el parqué.

—Y entonces ¿dónde está el estudio?

Janus mira alrededor con la hoja de instrucciones arrugada entre las manos. Requieren que vayáis al estudio, pero vosotros, pobres, no sabéis dónde está, así que os quedáis allí de pie, inspeccionando la habitación y esperando alguna señal o pista que os indique la dirección correcta.

—Aquí están sus libros —dice Penélope al encontrar una fila de novelas con el lomo de color rosa en una estantería aparte.

—¿Cómo es posible que una viuda sin hijos pudiera escribir tanto sobre romance y amor? —tal vez pregunta Janus, mientras sigue de pie detrás de su hermana.

—A veces la ficción es mejor que la realidad, ¿no te parece? —contesta Penélope encogiéndose de hombros.

—Quizá. —Ahora es él quien se encoge de hombros—. Aun así, me resulta extraño.

—Creo que es incluso más extraño que justamente ella haya escrito cosas tan románticas, si tenemos en cuenta...

—Si tenemos en cuenta, ¿qué?

—De lo que la acusaron. Si es que es verdad.

—Eso fue hace mucho tiempo.

Janus no quiere pensar en eso. Son asuntos desagradables e incómodos, y él es un chico muy quisquilloso.

—Venga, vamos —dice Penélope—, encontremos ese misterioso estudio.

En este momento se le antojará un cigarrillo, estará ansiosa por terminar con esto para poder darse al vicio. Sabe que le hace mal, por supuesto, como toda mujer moderna en un cuerpo que va envejeciendo, pero ni siquiera que esté a punto de llegar a los temidos cuarenta logra alejarla de sus queridos cigarrillos, y no le importan las arrugas que le pueda producir fumar.

De vuelta al pasillo solo queda una puerta por abrir, y ahí está por fin el anhelado estudio: mi gran escritorio de roble, ya no tan pulido, máquinas de escribir escondidas debajo de gruesas cubiertas de plástico, un viejo y voluminoso ordenador portátil, y ventanas enmarcadas por cortinas de terciopelo. Detrás del escritorio hay una amplia silla de mimbre, colmada de firmes cojines de seda verde que hacen juego con el papel de pared pintado a mano en el que las vides, de las que brotan gruesas hojas brillantes, parecen bailar como serpientes encantadas. Penélope se abstrae por un instante y las repasa con las puntas de los dedos.

La mirada de Janus vuela más lejos y se detiene en las figuritas de madera, raíces y piedra que colman los alféizares de las ventanas y en la víbora disecada colgada en la pared, con escamas como uñas duras e inquisitivos ojos oscuros. Contempla cada uno de los frascos de vidrio llenos de flores secas, algún insecto muerto o hasta rocas, alineados con cuidado en el estante de detrás del escritorio; y luego, al final, ve esto: una pila de papel de color rosa, mecanografiado por esta humilde servidora, acomodado como un pastel listo para servir y comer. Ninguno de los dos seguís examinando la sala después de eso. Tenéis los ojos fijos en el bulto rosado.

—Ahí está —dice el uno.

—Debe de ser eso —señala la otra.

La mano de Janus lo alcanza primero, las uñas rojas de Penélope lo siguen con rapidez. Leéis vuestros nombres en la hoja superior. Penélope lo levanta.

Y ahora aquí estáis. Quietos en mi estudio, sosteniendo esta historia entre las manos, la última que contaré. Esto significa que llevo más de un año desaparecida y que aún se desconoce mi paradero, ya que ese fue mi acuerdo con el señor Norris. En estas páginas está la clave para desbloquear mi última voluntad y testamento, la palabra secreta que hará que el señor Norris abra ese grueso sobre de papel manila y os diga lo ricos que os habéis vuelto. Si no la encontráis, no habrá premio alguno y mi dinero irá a otra parte.

Es un fastidio, lo sé. Pero a veces el mundo es cruel. Y vosotros queréis enteraros, ¿no? Queréis saber si las historias que os contó vuestra madre son ciertas. Si realmente maté a todos. Si estoy tan loca.

Esta es la historia tal como la recuerdo, y ahora también es vuestra. Podéis guardarla, atesorarla u olvidarla, según os plazca. Como podéis comprobar, quería que alguien la conociera. Que se supiera mi verdad, ahora que me he ido.

Cómo sucedió todo y, al mismo tiempo, nada.

II

Algunas veces me han preguntado por qué me quedé en S- después del juicio que siguió a la muerte del hombre conocido como Tommy Tipp. En aquel momento habría sido muy fácil esfumarse y mudarse a otro lugar, a un pueblo o una ciudad donde nadie me conociera. Una *tabula rasa*, tal como me recetó el doctor Martin: hacer borrón y cuenta nueva.

Por supuesto, no permanecí en S- porque me gustara. Todo el mundo se me quedaba mirando cuando iba al supermercado a comprar carne picada y zanahorias. Durante meses mi nombre estuvo en boca de todos y mi rostro aparecía en las primeras páginas de los periódicos. Quienes antes no me conocían, ahora me reconocían inevitablemente. Pero, como entenderéis más adelante, tuve mis razones para quedarme.

Las cosas no eran como parecían.

Tommy Tipp no era como creíais.

Yo sé que os caía bien, él siempre fue bueno con los niños. Recuerdo que a ti, Janus, te llevaba a pescar, y contigo, Penélope, se echaba a rodar sobre el césped. Una vez juntaste flores para dárselas, ¿recuerdas, Penélope, esas margaritas y campanillas que le regalaste? Incluso tu mamá era afectuosa con él de vez en cuando. Me dijo que estaba muy contenta de que yo por fin hubiera encontrado una pizca de felicidad, de ver que sentaba cabeza, aunque fuera con Tommy Tipp.

Olivia y sus amigas no salían de su asombro, e incluso mamá, creo, no daba crédito a que Tommy me hubiera elegido a mí. Era extremada y peligrosamente guapo: tenía el pelo rubio brillante y unos ojos azul profundo, el cuerpo esbelto y la piel bronceada. Era el hombre con el que soñaban por las noches todas las mujeres de S- mientras dormían abrazadas a sus maridos. Él era el objeto de esa dulce lujuria culpable que no podían contener, sin importar lo respetables, recatadas o exitosas que fueran. Tommy Tipp podía encender ese fuego en vírgenes y viudas por igual. Las mujeres casadas eran su especialidad; eran presa fácil y no implicaban ningún riesgo. Así era como se ganaba la vida antes de conocerme: acostándose con cualquiera a cambio de regalos y favores. Era experto en organizar citas secretas diurnas y en convencer a cada una de sus conquistas de que era la única. Por supuesto, todos sabíamos que había estado en prisión, que su pasado estaba marcado por la violencia y los robos. S- es un pueblo pequeño. Pero ¿quién no ama a un villano redimido, un ángel con la seductora mancha del pecado? Yo nunca estuve tan ciega, no lo deseé por esa dosis de peligro que implicaba una relación con él; para qué, si yo ya tenía un amante peligroso, ya conocía el sabor del pecado. No me extrañó, por tanto, que las mujeres se enfurecieran cuando encontraron su hermoso cuerpo en el bosque.

Pero voy demasiado rápido, todavía no hemos llegado a ese punto. Antes de eso sucedieron muchas cosas.

Hay algo que debéis saber: nunca fui una niña buena.

Nunca fui obediente ni dócil como vuestra madre. A ella le encantaban los elogios, y le brillaban los ojitos cuando le decían que había hecho algo bien. Era delicada y agradable, mientras que yo era la torpe, flaca e incómoda hermana mayor. El cabello de Olivia refulgía como cobre lustroso; el mío era ondulado y oscuro. Su piel era blanca como la le-

che; la mía estaba manchada de pecas, pero, por supuesto, el que una chica tenga la piel llena de manchitas no la hace mala en sí. Eso va mucho más allá, eso se lleva en la sangre. Algunas personas simplemente nacemos torcidas.

Vuestra madre os habrá dicho que nunca tuvimos una relación cercana. Que no nos parecíamos en nada. No quería ni acordarse de mí, sobre todo después de los rumores y, por supuesto, después del juicio.

Aun así, yo lo recuerdo de manera diferente. Recuerdo las vacaciones de verano que pasamos junto al mar, luciendo sobre el pecho pequeñas insignias doradas con forma de anclas. Nos recuerdo mirando a través del agua cristalina en pozos poco profundos, persiguiendo cangrejos y recogiendo conchitas marinas. Recuerdo la sensación de la arena entre los dedos de los pies y el sabor dulce del helado derritiéndose en la lengua. Recuerdo un pastel en el porche, rebosante de frutas incrustadas. Mientras tanto, el sol se ponía ante nosotras sangrando una luz dorada que transformaba sus cabellos en un río cobrizo, y convertía su piel lechosa en un tono más oscuro y suave.

En mis recuerdos también están las muñecas de piel pálida y cabello negro que recibimos una mañana de Navidad; la casita que les construimos debajo de la mesa usando los manteles del comedor como si fueran paredes blancas, unas hueveras en vez de copas, y cojines de seda que harían las veces de tronos. Jugábamos a que las muñecas eran dos princesas medievales, así que cogíamos rosas del jardín y con los tallos espinosos formábamos coronas con las que adornábamos sus cabellos. Nuestro hermano, Ferdinand, llevaba su casete y lo hacía sonar con entusiasmo, e incluso con cierta fascinación, para cantarles.

Recuerdo que reímos juntas, como hermanas, eso y otras cosas.

Olivia seguramente os habrá dicho que eso nunca pasó. Quizá lo haya olvidado.

III

Mamá era una mujer severa, tal vez no fue muy feliz. De joven su cabello era una nube de rizos dorados y se pintaba los labios de un rojo intenso. Su cuerpo era ágil y muy delgado. Le gustaba usar faldas de tubo de color azul oscuro o rojo brillante, y suéteres de cuello amplio, de rayas o puntitos. Las joyas que utilizaba a diario eran piezas de vidrio de colores puros engarzadas en monturas baratas, y perlas de metal pulido. Usaba zapatos de tacón grueso, no de aguja ni muy altos, con medias de nailon que nunca se rasgaban.

Papá era un hombre grande de labios carnosos y mejillas como de perro sabueso. Su piel era de un tono entre escarlata y azul. En las mejillas parecían brotarle estrellas, como fuegos artificiales, por los vasos sanguíneos reventados. De joven fue boxeador, pero, cuando llegamos nosotros, su camada de cachorros, se convirtió en un vendedor dedicado a perfeccionar el gusto por el vodka.

A veces me los imagino quedando junto al cuadrilátero, con el suelo manchado de sudor, escupitajos y salpicaduras de sangre carmesí. En aquel entonces, él estaba en forma: los músculos de su cuerpo estaban firmes y su piel era brillante. Ella poseía una figura torneada y joven, toda labios y pecho. A veces quiero creer que estaba ya allí cuando se conocieron, oculta en la abrasadora y oscura caverna del vientre de mi madre. De niña deseaba intensamente que hubiera sucedido así. Ya de adulta solo especulaba al respecto. Sin embargo, lo cierto es que llegué a este mundo demasiado pronto, poco después de que se casaran.